

## Tantas veces Pedro (Manrique Figueroa)

**Yosoyu**

CAROLINA SANÍN

Destiempo, Bogotá, 2013, 92 pp., il.

*YOSOYU* ES un libro corto: no llega al centenar de páginas. Tiene varias ilustraciones, capítulos breves, diversos registros estilísticos, personajes pintorescos, una rica polifonía de voces narrativas, incluso frescura y ligereza. Sin embargo, requiere de una lectura atenta y prolongada (estirada, tal vez es más preciso), y al llegar a la última página le queda a uno la sensación de haber pasado demasiado tiempo entre sus páginas; en parte porque el relato (¿los relatos?) cuenta las desventuras de un personaje desde diversas perspectivas, pero sobre todo porque su planteamiento se repite constantemente, lo que produce un efecto de desaceleración, de continuo retorno al punto de partida.

En el prólogo, Sanín revela los mecanismos de las variaciones del chiste de 92 páginas que se dispone a contarnos:

Dijimos que el deseo ajeno era de lo más cómico; que nos daba risa cuando veíamos que el deseante no podía sondear la distancia que lo separaba de su fin. Nos pusimos a imaginar, entre todos, a un personaje satírico. Propusimos hábitos, dichos, torpes heroísmos (...). El pobre era tan poquito que cualquier cara le cuadraba (...). Hablamos sobre nuestro frágil deseo de recibir la risa del otro. (p. 9)

Antes de echar el chiste, Sanín lo explica. Tras eso no queda más que imaginar la risa y comprobar una y otra vez que sí, que en efecto el texto es siempre fiel al mecanismo, que el chiste es ese y que se puede contar de muchas formas. Y vuelve y empieza. Al lector tiene que gustarle mucho el humor de Sanín para que acepte la invitación a comprobar las diversas caras de una misma sátira.

Una primera advertencia a los lectores: *Yosoyu* se parece a los graciosos del colegio que se burlan de todos, empezando por burlarse de ellos mismos; de modo que si no se andan con

cuidado, puede que también ustedes resulten burlados. Una segunda advertencia: si van a leer, no se obsesionen en precisar si el personaje del cual se ocupa el libro, Pedro Manrique Figueroa, precursor del collage y el goulash en Colombia, es un ser real o ficticio. Caer en ese juego es caer en la trampa del burlador. “Manrique no era factual ni ficticio”, escribe Sanín en el prólogo (p. 12), y de esa manera se adhiere a lo propuesto por Lucas Ospina, que en 2007 estrenó el documental *Un tigre de papel*, en donde presentaba por primera vez al personaje. Ospina le dio vida a Manrique Figueroa con la ayuda de un grupo de personas que, frente a la cámara, dan testimonio y opinan acerca de su vida, entre ellas la misma Carolina Sanín.

Advertidos, el objetivo de la autora (y en parte de su editor, que participa en el ejercicio de la ficción con la nota que firma en la contracubierta del libro) no es definir si el personaje existió o no, sino satirizar a todos los posibles Pedros Manrique Figueroa que andan sueltos por el mundo. El primero de ellos es el hombre desubicado y delirante que como don Quijote decide ignorar el mundo en el que vive y sobreponerle la visión del mundo que desea. Tal es la historia del primer capítulo, “El antropólogo”, que cuenta los pormenores en los que se vio involucrado Manrique cuando unos mormones le encomendaron ir a un pueblo en Bolívar a averiguar las costumbres de sus habitantes para evangelizarlos luego.

El capítulo intercala una narración de tono documental y neutro con los supuestos diarios que llevaba Manrique en esa época, escritos en un español arcaizante y absurdo que describe su tarea a la manera de los cronistas de Indias:

Y en vez de conocer más de los indios, los tengo para cada vez más insondables. Y he descubierto que conocen la aspirina. Y en la grabadora tengo la fórmula que este bellaco me había hecho repetir, y dice: “Pegamén-losi sikós”. Que debió ser un insulto infame y del cual él recibió no poca ofensa. (p. 22)

En este y en otros capítulos, Sanín exhibe su familiaridad con la tradición literaria y hace gala de la gran habili-

dad que tiene para captar y reproducir las singularidades sincrónicas de la lengua, buscando la hilaridad y construyendo un mapa del uso y el abuso del castellano. Empieza por el español arcaizante ya mencionado, para pasar luego a ridiculizar la jeringonza vacía que con frecuencia caracteriza los textos académicos de las ciencias sociales: “El plan describe el uso ambiguo de los pronombres ‘tú’ y ‘usted’ como principal síntoma lingüístico de la explotación de la mayoría por la minoría” (p. 27). Sigue con la prosapia relamida de los poetastros criollos: “A la flor que bien te huelo / pícala aunque te duela. / Yo conozco una que se llama Carolina. / Coralí, / Coraló / dime de pronto li / o lo” (p. 67).

Y desemboca en el “Anexo final”, compuesto por testimonios que ilustran diversas formas de machacar el idioma: “Se le acabo la berbena mi señora Se le agoto la mina de oro ¡Basta! de hacer plata a costas de mi capi Pedro ‘el Manrique’ ‘Figueroa’ ” (p. 86); “No sabemos pero tenemos pensadas algunas ecenas, hay una como que sale Figueroa que no tiene nidea y está por la Macarena en una calle demasiado cayada con resto de niebla... como de opio” (p. 87); “De paso, quería saludar, a Chávez, aunque, no lo conozco, y pedirle, que, por favor, te haga llegar, estas palabras” (p. 89). Como estos, hay muchos más fragmentos en los que se hace evidente que quien escribe *Yosoyu* se divierte simulando la mala escritura, usándola como prueba en negativo de lo que sería un uso correcto, normativo, de la lengua. *Yosoyu* es un texto erudito, pero disimulado. Su autora conoce muy bien los alcances y las limitaciones del género literario que ha escogido. Ese conocimiento, ese ojo autoconsciente, garantiza el ingenio de la obra e impide tomársela muy en serio.

**Santiago Cepeda**

## Medellín como construcción sonora

### *Medellín en canciones*

DIEGO LONDOÑO

Ediciones B, Bogotá, 2014, 148 pp.

MEDELLÍN ES clima primaveral, gente amable, tango, bolero, fútbol, flores, civismo. También es música. Si hay una ciudad “grande” en Colombia en la que se respira y se vive la música 24/7 por todos sus poros, esa es Medellín. El periodista Diego Londoño ha hecho una investigación necesaria sobre los sonidos que describen la ciudad desde tres géneros: el rock, el punk y el metal. A manera de lente granangular, el libro permite traducir, analizar, observar los síntomas de una ciudad marcada por una violencia que determinó su andar. La música permite contar desde la sinceridad y la visceralidad lo que otros géneros no se atreven, más si se trata de una ciudad descrita en el prólogo como “goda y mojigata”

Si bien existen algunos textos anteriores dedicados a estudiar el impacto de la música en Medellín, como *Medellín en vivo: la historia del rock* (1997), *Punk Medallo* (s. f.) e *I.R.A. Punk: la antileyenda* (2007), varios de ellos discontinuados, *Medellín en canciones* aparece en un momento interesante para los libros y el rock pues hay una demanda de lectores ávidos de información mucho más profunda y detallada que la que ofrece Wikipedia.

El libro surge como un “bálsamo para expiar [sic] la música con sentido desde una ciudad que se niega a dejar de gritar: ¡Rock n’ roll!”, dice Santiago Arango en el prólogo, una descripción más que acertada para comprender el espíritu del libro, encaminado a llevar al lector por un viaje que permite entender cómo se desarrolló el rock en la ciudad y cómo la urbe se retrata en sus letras. La música rock en Medellín, como herramienta antropológica, tiene un valor agregado, pues en sus letras se retratan costumbres, historias, mitos y hechos reales. Basta con tomar el ejemplo de dos agrupaciones pioneras del rock en Medellín, como Los Yetis en los sesenta y Carbure en los ochenta, para meternos en la historia viva de los barrios, los clubes, los transeúntes, la rumba, la moda, el

trago, las drogas, el amor, la calle, la gente; incluso, como dice Londoño, “el olor a asfalto”.

“*Medellín en canciones* es una construcción y reconstrucción sonora e histórica de este valle. Un texto que transita una urbe llena de música, letras y melodías que a la vez son su reflejo” (p. 16), afirma el autor del libro. Londoño no se mete con el rock sin antes dejarnos claros los sonidos que han dado forma a la ciudad, como el vallenato, la salsa, las rancheras y el tango, sonidos que históricamente han jugado un papel esencial para sus habitantes. Los conflictos sociales han quedado plasmados en infinidad de letras de los géneros mencionados anteriormente, como parte de un espejo que permite ver, entender y no olvidar una realidad presente.

El primer capítulo es un contexto histórico y social, necesario para entender algunos aspectos relevantes en la historia de la ciudad, y cómo el rock llegó a Medellín para cambiar costumbres e introducir elementos foráneos que se adaptaron rápidamente al movimiento de la ciudad. Así, el libro disecciona la música como parte fundamental en diversos períodos históricos de la ciudad, desde la Violencia partidista hasta Pablo Escobar: “(...) dentro del naciente punk que postuló a Medellín bajo el estigma de una ciudad sin futuro brotó una frase que recogió el sentir de toda una generación: ‘No te desanimes, mátate’ ”.

Con el rock, el punk y el metal, el músico adquirió, según Londoño, la habilidad de un cronista de ciudad y de su propia realidad, sin perder su calidad estética. En ese sentido, el cuidado de la lírica es fundamental para entender este amplio movimiento, que se gestó en Medellín gracias a un caldo de cultivo social único. “Recuerdos amargos sobre el valle de la muerte, esta es Colombia, ante mis ojos otra y en la realidad es más que poca cosa, tierra de café, de coca y de guerrilla”, canta la agrupación Masacre en el tema “Violentada”, de 2004. Basta con observar los comentarios de las más de 18.000 reproducciones que la canción tiene en YouTube para comprender el impacto y trascendencia del mensaje dado por Masacre en una época de cambios determinantes que vivió el país bajo el gobierno de Álvaro Uribe.

Las bandas y temas seleccionados en el libro constituyen “el tejido histórico y musical de Medellín”. Los ejes temáticos abordan cuestiones que van desde la violencia, los amigos, los barrios, hasta la pobreza, el desplazamiento y la desigualdad social, verdades que en algunas ocasiones la prensa no se atreve a denunciar por miedo a represalias. Otro valor agregado que tiene el libro es su información histórica en cuanto a agrupaciones que forjaron una importante carrera en la esfera local. Así, el lector conocerá nombres como Pestes, Fértil Miseria, Nación Criminal, I.R.A., entre otras bandas del punk que dieron su batalla por una necesidad de construir una ciudad más justa y equitativa. Se trata de una valiosa investigación periodística realizada por Diego Londoño, quien supo capitalizar un vacío en información al respecto y el resultado es uno de los libros más interesantes que se han publicado en nuestro país, con trascendencia internacional por el valor de los datos recopilados.

Jacobo Celnik